

Cultura política de izquierda y cultura impresa en el Perú contemporáneo (1968-1990): Alberto Flores Galindo y la formación de un intelectual público*

CARLOS AGUIRRE

Universidad de Oregon

caguirre@uoregon.edu

«El socialismo nació con la palabra impresa escrita en la frente»

Regis Debray

Este artículo explora las conexiones entre el trabajo profesional como historiador de Alberto Flores Galindo, su papel como intelectual público y la cultura política de izquierda en la que él se formó como miembro de la llamada generación del 68. El artículo muestra que, como partícipe de una forma de hacer política en la cual la palabra impresa desempeñó un papel crucial, Flores Galindo desarrolló una creativa y obsesiva relación con el libro y la cultura impresa, cuya reconstrucción nos ayuda a entender los mecanismos de formación de un intelectual público.

Palabras clave: Alberto Flores Galindo, intelectual público, izquierda, cultura política, palabra impresa

* Agradezco a José Ragas por la cuidadosa lectura que hizo de este artículo, así como sus sugerencias y su ayuda para conseguir algunos materiales.

Entre 1968 (año del golpe militar de Juan Velasco Alvarado) y 1990 (llegada de Alberto Fujimori al poder), la izquierda peruana atravesó por un proceso de maduración, auge y catastrófica caída. Diversos factores locales e internacionales auspiciaron la radicalización de amplios sectores de la población a fines de los años sesenta y la consiguiente formación de una variada pero claramente identificable *cultura política* de izquierda: el impacto de la revolución cubana, el Che Guevara y las guerrillas sobre una generación de jóvenes, especialmente de clase media, que asumieron posturas favorables al cambio social radical e incluso violento; los cambios y promesas, así como las limitaciones, del velasquismo, que intentaba satisfacer las aspiraciones de amplios sectores de la población; la movilización campesina en los Andes, que llevaba más de una década jaqueando al sistema tradicional de tenencia de tierras y había puesto el tema del campesinado en la agenda política nacional; y la consolidación de un movimiento obrero combativo y organizado que, junto con el proceso de radicalización del magisterio cristalizado en el SUTEP, dieron forma a una amplia red de organizaciones sindicales formidable y radical.¹ El paro nacional de julio de 1977 mostró a la izquierda radical (*clasista*) en su momento más combativo, y las elecciones de la asamblea constituyente de 1978 reflejaron la creciente resonancia de las alternativas radicales en el escenario político peruano: Hugo Blanco fue el tercer candidato más votado en el ámbito nacional después de líderes políticos históricos como Víctor Raúl Haya de la Torre (APRA) y Luis Bedoya Reyes (Partido Popular Cristiano), y el conglomerado de grupos de izquierda obtuvo casi un tercio de la votación. En 1983, la elección de Alfonso Barrantes Lingán como alcalde de Lima parecía consolidar la presencia

¹ Sobre el SUTEP y su radicalización véanse Angell, Alan. «Classroom Maoists: The Politics of Peruvian Schoolteachers under Military Government». *Bulletin of Latin American Research*. 1/2 (1982), pp. 1-20; y Wilson, Fiona. «Transcending Race? Schoolteachers and Political Militancy in Andean Peru, 1970-2000». *Journal of Latin American Studies*. 39/4 (2007), pp. 719-746.

de la izquierda como una importante fuerza electoral, y no solo sindical y callejera, en el escenario político peruano. Sin embargo, diversos factores —el agudo divisionismo, la falta de distancia crítica respecto del aprismo de Alan García, la irrupción brutal del senderismo y la crisis del socialismo internacional— precipitaron a partir de la segunda mitad de la década de 1980 una caída gradual y —hasta ahora— irreversible de la izquierda peruana.

Acompañando este proceso —cuya historia está todavía por escribirse y del que hemos ofrecido aquí solo un pálido esquema—,² aparece lo que podemos llamar una *cultura política de izquierda*, es decir, una forma de hacer política y de concebir la militancia que fue un rasgo común a las múltiples facciones en que estaba dividida la izquierda peruana.³ El peso específico de los diversos componentes de esta cultura política varía según los actores específicos que se analicen (obreros, militantes partidarios, intelectuales, estudiantes universitarios, etc.), pero en general podemos considerar que todos compartían los siguientes rasgos: 1) una visión de la política como un compromiso vital, *a tiempo completo* y que tenía todas las facetas de la vida pública y privada, si bien el grado en que cada militante vivía este compromiso variaba mucho en cada caso;

² Sobre la historia de la izquierda después de 1968 véanse, aparte de la numerosa bibliografía sobre Sendero Luminoso, los siguientes trabajos: Lynch, Nicolás. *Los jóvenes rojos de San Marcos*. Lima: El Zorro de Abajo, 1990; Gonzales, Osmar. «La seducción de la democracia. Socialismo y nueva izquierda en el Perú». *Perfiles Latinoamericanos*. 5 (1994), pp. 145-166; Hinojosa, Iván. «On Poor Relations and the Nouveau Riche: Shining Path and the Radical Peruvian Left». En Stern, Steve J. (ed.). *Shining and Other Paths. War and Society in Peru, 1980-1995*. Durham: Duke University Press, 1998, pp. 60-83; y Rénique, José Luis. «Una larga marcha andina: tradición radical y organización revolucionaria en el Perú». En Concheiro, Elvira, Massimo Modonesi y Horacio Crespo (coords.). *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, pp. 459-503.

³ El concepto de *cultura política* es bastante contencioso y ha generado interesantes debates sobre su utilidad analítica. Un resumen de la genealogía del concepto aparece en Formisano, Ronald. «The Concept of Political Culture». *Journal of Interdisciplinary History*. XXXI/3 (2001), pp. 393-426. Para su aplicación en el caso de los Andes, véase Aljovín de Losada, Cristóbal y Nils Jacobsen (eds.). *Cultura política en los Andes (1750-1950)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Embajada de Francia, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2007.

2) una clara inclinación a pensar en la *inevitabilidad* y *proximidad* de la revolución, que conducía, por un lado, a reforzar el convencimiento respecto de la *corrección* de su propia opción política, y, por otro, a apostar por la *agudización* de las contradicciones como estrategia para alcanzar ciertos objetivos en el menor tiempo posible; 3) un esfuerzo constante por definir e imponer la línea o interpretación *correcta* utilizando como herramientas el debate, la polémica y el recurso a la teoría, casi siempre marxista y, por lo general, dogmáticamente aplicada;⁴ y, finalmente, 4) una cierta cultura de secta que incluía el secretismo, el convencimiento de poseer la *verdad* y una disposición algo exacerbada a la ruptura con aquellos que no la compartían. Así, el dogmatismo y el divisionismo fueron, pese a algunos esfuerzos honestos y productivos (como en las coyunturas electorales de 1978 y 1983), dos de los rasgos más distintivos de la izquierda peruana durante este periodo. La existencia de docenas de agrupaciones políticas que se reclamaban de izquierda en esos años es evidencia suficiente de estos vicios al interior de dicha cultura política.⁵

Hay un elemento adicional, sin embargo, que no se ha explorado con atención todavía y que caracterizó a esa cultura política de izquierda durante el periodo que estudiamos: se trataba de una forma de hacer política en la cual *la palabra impresa* desempeñaba un papel crucial. El uso extenso y constante de volantes, panfletos, revistas semanales, suplementos culturales, libros, boletines partidarios, documentos doctrinarios, publicaciones efímeras de *denuncia*, afiches y otros se intensificó en una medida que no tenía precedentes y que tampoco tenía comparación en los demás grupos políticos.⁶ Hasta cierto punto, hablar de *publicaciones*

⁴ En San Marcos, escribe Nicolás Lynch, «no solo se trata de un reemplazo de la realidad con la ideología, sino que esta deja de ser un punto de vista teórico, o un marco analítico y pasa a convertirse en “palabra sagrada” en la cual se debe creer, sin mayor razonamiento previo [...] No era entonces cualquier versión del marxismo a la que adscribía el movimiento radical, sino a un marxismo entendido como fe, como creencia sobrenatural, que tenía una fuerza inmanente y proveía de ella a la organización que lo profesaba» (*Los jóvenes rojos*, pp. 64-65).

⁵ Sobre el *secretismo* y el carácter sectario de los partidos radicales de la izquierda universitaria ver *ib.*, pp. 91-93.

⁶ Reveladoramente, si bien compartía la obsesión de toda la izquierda por la propa-

políticas en los años setenta era virtualmente sinónimo de *publicaciones de izquierda*. No había partido o facción de izquierda que no tuviera su propia revista.⁷ Los kioscos de las calles de Lima parecían a veces estar totalmente copados por estas publicaciones.⁸ Ser militante o activista y no saber usar un mimeógrafo era prácticamente impensable. La producción de todo tipo de textos, elaborados artesanalmente en imprentas semiclandestinas y a lo largo de agotadoras jornadas nocturnas, era un elemento sustantivo de la militancia revolucionaria, un verdadero *rite de passage*.⁹ Los debates y polémicas al interior de la izquierda y entre las

ganda impresa, Sendero Luminoso la combinaba con un uso intensivo de la transmisión oral de su ideología. Según un testimonio recogido por José Luis Rénique, «escuchar a un cuadro senderista era más respetable que leerlo en los setenta» («Una larga marcha andina», p. 483). Otro elemento que podríamos incluir en esta discusión es el uso de la *escritura mural*, que, en San Marcos y otras universidades, se convirtió en una presencia abrumadora (Lynch, *Los jóvenes rojos*, p. 69).

⁷ Recordemos algunos títulos: *Amauta*, *Unidad*, *Voz Rebelde*, *Kausachum*, *Patria Roja*, *Bandera Roja*, *Trinchera Roja*, *Prensa Obrera* y *Voz Campesina*. Algunas revistas duraron muchos años. *Prensa Obrera*, por ejemplo, una publicación trotskista, tuvo trescientas ediciones, según recuerda Maruja Martínez en sus memorias (Martínez, Maruja. *Entre el amor y la furia. Crónicas y testimonio*. Lima: SUR, 1997, p. 229). Otras fueron más bien efímeras.

⁸ Maruja Martínez recuerda haber visto, en alguna ocasión, alrededor de veinte personas apostadas frente a un kiosco leyendo las portadas de varios números de la revista trotskista *Comunismo* (Ib., p. 167). Hacia finales de la década de los setenta, una imprenta —cuyo nombre no es mencionado, pero suponemos que era ItalPerú— ofrecía servicios (y facilidades de pago) a muchas publicaciones de izquierda. Durante la campaña electoral para la asamblea constituyente de 1978, «aparte de los periódicos de izquierda, aquí se imprimen volantes, programas de partidos, propaganda de candidatos de diversos colores políticos. Se trabaja en tres turnos» (Ib., p. 227).

⁹ Maruja Martínez ofrece detalles del uso de materiales impresos por parte de la «Célula Atusparia» de Vanguardia Revolucionaria, que ella integró. Imprimían un volante titulado *Horma Clasista*, dirigido a los trabajadores de fábricas de calzado; un boletín *interno* solo para militantes; otro titulado *El Proletario* para vender en las fábricas; y una revista titulada *Fichas*, que trataba temas internacionales. El partido tenía su propia imprenta, y cuando a Martínez se le presenta la ocasión, luego frustrada, de conocerla, no puede ocultar la emoción: «Me excita la posibilidad de conocer la imprenta del partido, nuevos camaradas, parte de los secretos que solo los iniciados conocen» (Ib., pp. 116-117). Ver también las páginas 167 a 172 sobre la producción de materiales impresos por las células trotskistas, movimiento en el que militó en los años setenta; los debates y acusaciones

varias facciones de esta y las otras opciones políticas debían pasar por la imprenta y el mimeógrafo y no solo por el foro sindical, universitario o callejero. La circulación de materiales impresos soviéticos y chinos a precios increíblemente baratos (revistas como *Pekín Informa*, o las colecciones de las obras completas de Marx, Lenin, Stalin y Mao, por ejemplo) permitía a quienes se interesaban por la teoría y la historia del comunismo internacional acceder a textos que luego serían consumidos y diseminados en interminables polémicas o reciclados en artículos teóricos en revistas y suplementos.¹⁰ El creciente número y calidad de las que podemos llamar genéricamente *revistas culturales* contribuyó también a forjar esta relación estrecha entre la militancia en las filas de izquierda, el trabajo intelectual y la cultura impresa. Algunas de estas publicaciones fueron auspiciadas por el estado velasquista —como la excelente revista *Textual*—, pero la mayoría fue resultado del esfuerzo a veces heroico de intelectuales, estudiantes y obreros tanto en Lima como en provincias.¹¹ En un valioso libro sobre la relación entre intelectuales, revolución y cultura de izquierda en los años sesenta y setenta en América Latina, Claudia Gilman ha enfatizado también, esta vez en el ámbito continental, la estrecha relación entre la función pública del intelectual comprometido

entre las diferentes agrupaciones de izquierda en torno a esos impresos; y el cansancio que le produjo luego de un tiempo ser la encargada de *prensa* de su movimiento. Naturalmente, la producción y difusión de estos materiales resultaba peligrosa, y Martínez pasó por varias detenciones, acusada, entre otras cosas, de ser la encargada de la imprenta, corregir artículos y diagramar el periódico *Comunismo* (Ib., p. 182).

¹⁰ Patricia Oliart y Gonzalo Portocarrero reconstruyen la conexión entre la circulación de estos materiales, sobre todo en provincias, y el proceso de radicalización de los maestros del SUTEP: «[Y]a egresado, el profesor tendrá que basarse en los conocimientos adquiridos en la universidad para implementar sus clases. Su acceso a la bibliografía especializada es por lo general muy reducido debido tanto a lo exiguo de las remuneraciones como a la falta de incentivos. A los problemas señalados se suma en provincias la casi inexistencia de librerías; los materiales bibliográficos accesibles al profesor son las revistas chinas o soviéticas, separatas mimeografiadas, manuales de tecnología educativa vendidos por los ambulantes o en alguna feria del libro organizada en el local del SUTEP o en la universidad, donde pueden ser adquiridos a precios módicos» (Oliart, Patricia y Gonzalo Portocarreto. *El Perú desde la escuela*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario, 1989, p. 117).

¹¹ Un caso entre muchos fue el de la valiosa revista *Proceso*, publicada en Huancayo por Manuel Baquerizo.

y el espacio que abrieron las revistas político-culturales: «Las redes constituidas por las diversas publicaciones y sus ecos fueron cruciales para alentar la confianza en la potencia discursiva de los intelectuales [...] En las revistas, los escritores encontraron un poderoso eco de resonancia para sus discursos y al mismo tiempo se sintieron requeridos a pronunciarse y a tomar posiciones sobre los asuntos contemporáneos».¹²

La proliferación de *círculos de estudio* entre jóvenes militantes de izquierda servía de correa de transmisión y aliciente para el consumo y producción de materiales políticos y culturales impresos.¹³ La imagen de hombres y mujeres jóvenes caminando con un libro o leyendo mientras hacían cola para ingresar a un cine club o un concierto de música comprometida, o mientras viajaban en algún atiborrado ómnibus de transporte público, resulta paradigmática de una época en que militancia, lectura, cultura libresca y difusión de la palabra impresa eran elementos inseparables. Eran los *sobacos ilustrados*, como despectivamente se les llamaba tanto desde la ultraizquierda, que los acusaba de *intelectualismo*, como desde la derecha, que sospechaba de sus ideas contestatarias. En la novela *El cazador ausente*, de Alfredo Pita, uno de los personajes recuerda «esas noches felices y adolescentes del invierno de 1965 en que un libro o un poema eran más importantes que cualquier cosa, incluso que la política, que tanto les interesaba y que, sin que ellos lo supieran, ya tendía y templaba su red trágica, esa red que se les había pegado en el rostro como una telaraña indeleble».¹⁴ La combinación de

¹² Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2003, pp. 76-77. Pablo Ponza ha definido también la década de 1960 y comienzos de la de 1970 en Argentina como una época caracterizada tanto por «una cultura libresca» como por «una sensación de cambio, de optimismo y rebeldía» (Ponza, Pablo. «Comprometidos, orgánicos y expertos: Intelectuales, marxismo y ciencias sociales en Argentina (1955-1973)», próximo a publicarse en *A Contracorriente*. 5/2 (2008).

¹³ Los militantes maoístas sanmarquinos «buscan en la lectura y la discusión en los círculos, lo que no habían podido encontrar como antecedente político al llegar a la universidad, incidiendo [...] en el método autodidacta de aprendizaje. El estudio es tomado como una fase fundamental para el cumplimiento de sus objetivos posteriores» (Lynch, *Los jóvenes rojos*, pp. 78-79).

¹⁴ Pita, Alfredo. *El cazador ausente*. Barcelona: Seix Barral, 2000, p. 52.

esa pasión por la política —y, más específicamente, por la política de izquierda— y el amor por los libros y la lectura fue un signo distintivo de esa generación. Varios testimonios de estudiantes radicales sanmarquinos recogidos por Nicolás Lynch hacen referencia a la importancia de la lectura en su formación como militantes. Uno de los eslóganes de los jóvenes universitarios que militaban en la izquierda radical era «Estudio/trabajo/fusil». ¹⁵ Maruja Martínez recuerda sus recorridos por librerías del centro de Lima a comienzos de los años setenta: Mejía Baca, La Familia, Época, Cosmos (especializada en libros soviéticos), Horizonte, las librerías del jirón Camaná o aquellas de Azángaro «instaladas en las entradas de antiguas casonas». ¹⁶

Naturalmente, esta relación entre la militancia de izquierda y la cultura impresa no era nueva. Había detrás una larga historia que se remontaba hasta las épocas del anarquismo y los comienzos del socialismo peruano. ¹⁷ El caso de Mariátegui y su heroica y multifacética actividad editorial es un momento cumbre en este proceso. ¹⁸ Los años posteriores a 1968, sin embargo, representaron un periodo particularmente intenso en esta relación entre militancia y cultura impresa, que se vio impulsada, entre otras cosas, por el abaratamiento de los costos de producción, la ampliación del uni-

¹⁵ Martínez, *Entre el amor y la furia*, p. 113.

¹⁶ *Ib.*, p. 160.

¹⁷ Regis Debray ha escrito recientemente un sugerente ensayo sobre las relaciones entre el socialismo y la cultura impresa. Paradójicamente, él sitúa en 1968 el fin de la etapa que llama *grafósfera*, iniciada en 1448 con la invención de la imprenta, y durante la cual floreció el socialismo. Esta larga etapa sería remplazada a partir de 1968, según Debray, por la *videósfera* (Debray, Regis. «El socialismo y la imprenta. Un ciclo vital». *New Left Review*. 46 (2007), pp. 5-26). Sobre el anarquismo y la cultura impresa en el Perú ver Machuca Castillo, Gabriela. *La tinta, el pensamiento y las manos. La prensa popular anarquista, anarcosindicalista y obrera-sindical en Lima, 1900-1930*. Lima: Universidad de San Martín de Porres, 2006.

¹⁸ Sobre Mariátegui y su labor editorial véase Flores Galindo, Alberto. «Presentación a *Invitación a la vida heroica*» [1989]. En Flores Galindo, Alberto. *Obras completas*. Lima: SUR, 1993-2007, vol. VI, pp. 356-361. En este artículo, citaremos las versiones de los trabajos de Flores Galindo incluidas en sus *Obras completas*, indicando entre corchetes el año original de publicación de cada trabajo, salvo los casos en que necesitemos indicar los datos de las ediciones originales.

verso de lectores, el crecimiento de la población estudiantil y el proceso de creciente radicalización y militancia que hemos descrito anteriormente. La intervención del estado velasquista debe también considerarse aquí como un elemento que marcó esta nueva etapa: la publicación masiva de revistas y libros (recordemos la colección «Biblioteca Peruana», por ejemplo, que incluyó libros de autores como Mariátegui, Héctor Béjar, Carlos Delgado y otros) auspiciaba a su manera un acercamiento a la política mediante la cultura y la difusión de la lectura.

Como es obvio, los estudiantes e intelectuales de izquierda participaron activamente en la forja de esta cultura política que tenía a la palabra impresa como un elemento central. Más aún, el hecho mismo de que la mayoría de grupos de izquierda estuviera conformada y muchas veces liderada por estudiantes e intelectuales (entendiendo esta categoría en su acepción más amplia) acentuó precisamente esa tendencia a ver en los libros y otros materiales impresos herramientas poderosas de acción política y debate. Las fronteras entre las publicaciones académicas —libros monográficos de historia y sociología, por ejemplo— y las publicaciones de combate ideológico y político parecieron diluirse (recordemos los libros de Wilfredo Kapsoli y Dennis Sulmont, por ejemplo, sobre la historia del movimiento obrero),¹⁹ y numerosos académicos incurrieron directamente —en una medida que hoy es difícil encontrar— en la concepción, redacción y publicación de diversos tipos de revistas culturales y políticas. Para el intelectual de izquierda, su presencia en este tipo de publicaciones —algunas de ellas sumamente efímeras y, con frecuencia, de escaso nivel intelectual— era consustancial a su trabajo. La atracción que ejercía este tipo de *activismo impreso* se explica no solo por la expectativa de acceder a un público de lectores más amplio, sino por la idea, profundamente internalizada, de que la palabra impresa representaba una fuente de autoridad y permanencia y, por lo tanto, de poder. Según Germán Merino Vigil, «con los grandes diarios controlados

¹⁹ Kapsoli, Wilfredo. *Luchas obreras en el Perú por la jornada de ocho horas*. Lima: Delva Editores, 1976; Sulmont, Dennis. *El movimiento obrero en el Perú, 1900-1956*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1975.

por un gobierno militar en morosa retirada, la pequeña prensa de izquierda o de derecha, redactada al calor del debate callejero, elaborada en imprentas que trabajaban por lo general al crédito, escrita por periodistas intensamente comprometidos, centralizaba el debate político en una sociedad sin elecciones, congreso, ni partidos activos». ²⁰ La creación de la revista *Marka* en 1978, así como del *Diario de Marka* y su suplemento *El Caballo Rojo* a partir de 1980, constituyen probablemente los puntos más destacados en este proceso, cuya historia completa está aún por escribirse. Merino Vigil destaca el papel de *Marka*, que en su mejor momento llegó a tener un tiraje de 42 mil ejemplares:

Marka expresaba, mejor que cualquier otro medio, la voluntad política de esa izquierda que se incubó en silencio durante los años de Velasco, que casi alcanzó la mayoría de la asamblea constituyente de 1979 y que se extinguió dos o tres años más tarde al golpe de la crisis económica, en la esterilidad del debate parlamentario y bajo los dinamitazos de Sendero Luminoso, para colapsar finalmente al pie de los escombros del Muro de Berlín. ²¹

La conexión entre militancia de izquierda, trabajo intelectual y cultura impresa no se limitó, sin embargo, a las publicaciones periódicas de combate político y difusión cultural. Durante la década de 1963 a 1973, según datos recogidos por el *Boletín Bibliográfico Peruano* de la Biblioteca Nacional, se duplicó el volumen de impresos producidos en el Perú, y hacia mediados de la década de 1970 funcionaban en Lima 531 empresas editoriales. ²² Como parte de este crecimiento se consolidó una extensa red de editoriales e imprentas interesadas en promover el trabajo intelectual y la cultura, y que fueron auspiciadas por centros de investigación, sindicatos, ONG, agencias de cooperación internacional, partidos políticos e incluso por empresas privadas. Editoriales, imprentas y centros de producción intelectual como Industrial Gráfica, Ediciones

²⁰ Merino Vigil, Germán Enrique. «*Marka* y la “pequeña prensa” de los setenta: ¿te acordás, hermano?». Portal Libros Peruanos, abril 2008, <<http://librosperuanos.com/articulos/merino-vigil.html>>.

²¹ *Ib.*

²² Guevara, Luis y Adrián Gechelín. *Historia de la gráfica en el Perú*. Lima: Kartel, Perú Gráfico, 2001, p. 156.

Educativas Tarea, Editora Rikchay Perú, CEDEP (Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación), IEP (Instituto de Estudios Peruanos), DESCO (Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo) y muchos otros contribuyeron también, en formas diversas, a consolidar el prestigio del trabajo intelectual y la actividad editorial.

Esta cultura política de izquierda y su conexión con el mundo de la imprenta tuvieron un impacto notable no solo en la identificación que se produjo en la percepción general entre ser *intelectual* y ser *de izquierda*, sino también en la relativa vigorización de la presencia del *intelectual público*.²³ Durante los años setenta, surgieron figuras intelectuales identificadas con la izquierda (escritores, sociólogos, historiadores, artistas, periodistas), que ocuparon un espacio cada vez más importante, aunque todavía reducido, en los debates públicos, y que veían su papel de intelectuales como una función necesariamente vinculada a la intervención en dichos debates y al compromiso con las posiciones contestatarias y socialistas que venían madurando al interior del movimiento social y sindical. Vienen a la mente nombres como Baltazar Caravedo, Antonio Cisneros, Julio Cotler, Carlos Iván Degregori, César Germaná, Gustavo Gutiérrez, Mirko Lauer, César Lévano, Sinesio López, Pablo Macera, Carlos Malpica, Marco Martos, Francisco Moncloa, Hugo Neira, Luis Pásara y Aníbal Quijano, entre otros. Poco a poco, una buena parte de estos intelectuales, especialmente a partir de 1980, entraría en un periodo de repliegue que marchó en paralelo con la crisis de la izquierda y la irrupción de Sendero Luminoso. Con excepción de Pablo Macera

²³ Aunque el término es de uso corriente hoy en día, algunos comentaristas notan la redundancia que contiene: ¿qué intelectual —se preguntan— no es o aspira a ser un personaje público? Para Edward Said, un intelectual es «un individuo dotado de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, punto de vista, actitud, filosofía u opinión al público y por el público», y cuya tarea no puede ser cumplida sin plantear públicamente «preguntas incómodas, confrontar la ortodoxia y el dogma (en lugar de producirlos), ser alguien que no puede ser fácilmente cooptado por los gobiernos o las corporaciones, y cuya razón de ser es la de representar a todas aquellas personas y asuntos que son rutinariamente olvidados o escondidos debajo de la alfombra» (Said, Edward. *Representations of the Intellectual*. New York: Random House, 1996, p. 11). Un intelectual público es necesariamente un intelectual contestatario, según la definición de Said.

—que parecía ser el único intelectual que daba entrevistas y opinaba abiertamente sobre casi todo—, la intelectualidad de izquierda empezó un lento camino de regreso al reducido ámbito de las universidades y las cada vez más ubicuas ONG.²⁴

Quizás el personaje que mejor resume en su biografía intelectual y política el encuentro entre militancia de izquierda, trabajo intelectual y cultura impresa, y que con mayor éxito logró ensamblar estas características detrás de su actividad como intelectual público, fue Alberto Flores Galindo (1949-1990). Flores Galindo no solo fue un brillante y prolífico historiador profesional, que practicaba su oficio con rigor y creatividad, sino también un inequívoco y persistente militante de izquierda, un personaje *público* en el sentido más amplio de la palabra; un colaborador de cuanta aventura periodística y editorial surgiera de entre las filas de la izquierda y, en general, del mundo intelectual; y un agresivo (en el buen sentido de la palabra) publicista, que no solo supo utilizar todas las posibilidades que ofrecía la cultura impresa, sino que se convirtió él mismo en inspirador y promotor de ella. Como veremos más adelante, Flores Galindo estuvo lejos de ser un académico tradicional que investigaba, escribía libros para un público esencialmente intelectual y universitario, y limitaba sus actividades al ámbito de la universidad. Todo lo contrario. Como conferencista, alternaba entre las aulas y auditorios universitarios y los sindicatos u organizaciones populares. Como autor, publicaba libros en prestigiosas editoriales y artículos en revistas especializadas tanto como reseñas de libros y comentarios periodísticos en páginas editoriales, suplementos y revistas culturales. Su presencia en los debates intelectuales y políticos de esos años fue creciendo en lugar de disminuir, y en ocasiones parecía encarnar un quijotesco esfuerzo tanto por mantener viva la alternativa del socialismo en un momento en que diferentes fuerzas parecían debilitarla, como por preservar la figura del intelectual comprometido y público que otros estaban abandonando. Por ejemplo, sus textos de finales de los años ochenta en que polemizó

²⁴ La trayectoria de Pablo Macera como oráculo intelectual se puede reconstruir leyendo la colección de entrevistas titulada *Las furias y las penas*. Lima: Mosca Azul Editores, 1983.

con los representantes de la derecha intelectual (Mario Vargas Llosa y Hernando de Soto, entre otros) pueden leerse hoy como agónicos esfuerzos por rescatar de la bancarrota un pensamiento radical alternativo. Su muerte coincidiría trágicamente con el comienzo del descalabro electoral y político de la izquierda en el Perú y el comienzo de la larga noche del fujimorismo.

Este artículo intenta reconstruir el itinerario de Alberto Flores Galindo como intelectual público y, especialmente, las conexiones entre su papel como intelectual y la formación de una cultura política de izquierda al interior de la cual la cultura impresa ocupaba un lugar central. El propósito es mostrar de qué manera un intelectual como Flores Galindo se forjó y desarrolló al interior de esa cultura; pudo desarrollar una intensa, casi febril, actividad como intelectual público; y mantener un ritmo de publicaciones asombroso y consistente. Todo esto fue posible, creemos, por el uso audaz y creativo que hizo Flores Galindo de las posibilidades de la palabra impresa que, a su vez, estaba guiado por una concepción del trabajo intelectual y la militancia política en la que *escribir* y *publicar* eran imperativos ineludibles. En las secciones que siguen, intentaremos reconstruir el ambiente político e intelectual en que desarrolló su trabajo, identificar los elementos centrales de su concepción del trabajo intelectual y su relación con la cultura impresa, y reconstruir la manera en que pudo, gracias a una astuta y agresiva estrategia, transformar su trabajo intelectual en una verdadera maquinaria de publicaciones que hoy continúa asombrándonos por su cantidad y calidad.²⁵

²⁵ No es nuestra intención ofrecer en este artículo una evaluación de las ideas de Flores Galindo como historiador e intelectual. La bibliografía sobre su obra ya es bastante extensa, pero pueden verse, a manera de ejemplo, los textos incluidos en el número especial de *Márgenes* dedicado a él luego de su muerte (No. 7, enero de 1991) y el número de homenaje de la revista *Libros & Artes* (No. 11, septiembre 2005). Ver también Bonilla, Heraclio y otros. *Presencia y aporte de Alberto Flores Galindo. Homenaje*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1990; Chocano, Magdalena. «Presentación». En Flores Galindo, Alberto. *Los rostros de la plebe*. Barcelona: Editorial Crítica, 2001, pp. 7-12; y Montoya, Gustavo. «Revolución, socialismo y utopía. Historia, política e ideología en la obra de Alberto Flores Galindo Segura (1949-1989)». *Socialismo y participación*. 101 (2006), pp. 35-51. Otras referencias a trabajos críticos sobre Flores Galindo pueden

LA FORMACIÓN DE UN INTELLECTUAL: FLORES GALINDO Y LA GENERACIÓN DEL 68

Alberto Flores Galindo nació el 28 de mayo de 1949 en Bellavista, El Callao. Al parecer, desde niño tuvo a su alcance una nutrida biblioteca en casa, que le permitiría desarrollar una temprana familiaridad con los libros, la que luego continuaría en la biblioteca del colegio La Salle.²⁶ Ingresó en la Pontificia Universidad Católica del Perú en 1966, y allí resultaría inmerso en el proceso de paulatina radicalización de una generación que desembocaría en el crecimiento de la izquierda que hemos descrito anteriormente.²⁷ Aunque sus influencias iniciales vinieron del socialcristianismo, Flores Galindo abrazaría luego el socialismo como utopía política y el marxismo como horizonte teórico. El ambiente intelectual de la Universidad Católica empezaba a teñirse de rojo. Según Eduardo Cáceres, la lectura de autores como Jean Paul Sartre resultaría fundamental, así como los libros de marxismo, que fueron «difundidos por Fernando Lecaros».²⁸ Guillermo Rochabrún recuerda esos años como una época de transformación hacia el marxismo —en su caso, desde posiciones estructural-funcionalistas— por la vía de la Teología de la Liberación: escuchar a Gustavo Gutiérrez —dice Rochabrún— «redobló mi interés por el Marx de los *Manuscritos*».²⁹ Por esos mismos años, según el testimonio de Manuel Burga —historiador muy cercano a Flores Galindo, como amigo y colaborador—, «todos éramos emotiva o coactivamente marxistas».³⁰ Flores Galindo militaría en el FRES (Frente de Estudiantes Socialistas), en el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) y en Vanguardia Revolucionaria (VR), y desarrollaría «trabajo político entre los

encontrarse en Valderrama, Lucila (comp.). *Alberto Flores Galindo. Biobibliografía*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 2004.

²⁶ Cáceres, Eduardo. «Introducción». En Flores Galindo, *Obras completas*, vol. I, p. xiii.

²⁷ *Ib.*, p. xiv.

²⁸ *Ib.*, pp. xiv-xv.

²⁹ Rochabrún, Guillermo. *Batallas por la teoría. En torno a Marx y el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2007, p. 13.

³⁰ Burga, Manuel. *La historia y los historiadores en el Perú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Universidad Inca Garcilaso de la Vega, 2005, p. 109.

obreros de las plantas ensambladoras». ³¹ Esta era una actitud compartida por muchos —aunque probablemente menos de los que solemos imaginar— estudiantes e intelectuales de clase media y alta que decidieron *acercarse al pueblo* en aquellos años de sueños e ilusiones. El propio Flores Galindo recordaría esa época como una en la que el socialismo «era una mitificación y no una propuesta y menos un proyecto, pero poseía el contenido pasional suficiente como para impulsar una especie de “marcha hacia el pueblo” [...] que condujo a muchos universitarios a las comunidades campesinas, los campamentos mineros, las cooperativas cañeras, las viviendas de los barrios marginales y, sobre todo, las fábricas». ³² De acuerdo con José Luis Rénique, «la efervescencia alcanzó los claustros de la tradicional Pontificia Universidad Católica, donde partidos de fuerte retórica maoísta, como el Partido Comunista Revolucionario y Vanguardia Revolucionaria-Proletario Comunista reclutaron a numerosos cuadros juveniles dispuestos a incorporarse a los frentes campesino o minero en zonas remotas del interior del país». ³³ Otros estudiantes terminarían más tarde sumándose a Sendero Luminoso, por ese entonces todavía en los momentos iniciales de su gestación. La mayoría intentaría combinar su trabajo intelectual con una especie de servicio revolucionario obligatorio: repartir propaganda, hacer proselitismo entre los trabajadores, promover su *concientización* (clasista) y contribuir a fortalecer su organización sindical. Esta mezcla de voluntarismo e idealismo sería muy común entre los miembros de la «generación del 68», como la llamaría Eduardo Arroyo. ³⁴ Son los años de la nueva izquierda y el clasismo que el golpe militar de Velasco en 1968 ayudaría a consolidar al auspiciar una cultura política de confrontación, como Flores Galindo luego observaría: «Nació así la crítica al régimen militar. Al principio de cualquier análisis estuvo la

³¹ Cáceres, «Introducción», pp. xvi-xvii. Véase también Martínez, *Entre el amor y la furia*.

³² Flores Galindo, Alberto. «Generación del 68: Ilusión y realidad» [1987]. En Flores Galindo, *Obras completas*, vol. VI, p. 218.

³³ Rénique, «Una larga marcha andina», p. 481.

³⁴ Arroyo, Eduardo. «La generación del 68». *Los Caminos del Laberinto*. 3 (1986), pp. 41-47.

negación. Quizá veinte años después todo esto resulte reprochable. Pero lo cierto es que sin el ejercicio de la crítica negativa no hubiera existido generación del 68, y menos una nueva izquierda».³⁵

En la Universidad Católica, Flores Galindo tomó clases con Gustavo Gutiérrez y Heraclio Bonilla, entre otros. Del primero absorbería la idea del compromiso con los pobres, y del segundo, la preocupación —que por entonces Bonilla alentaba— por estudiar la historia de las clases trabajadoras y populares. Sus primeras investigaciones revelan esta preocupación —a la vez intelectual y política— por escribir una historia *desde abajo*, que contribuyera también a forjar una conciencia de clase entre los trabajadores. Flores Galindo escribió su tesis de bachiller sobre «Los mineros de la Cerro de Pasco» en 1971, bajo la asesoría de Bonilla, y, simultáneamente, trabajó con Dennis Sulmont en varios proyectos, incluyendo una bibliografía sobre el movimiento obrero y una monografía sobre los trabajadores pesqueros de Chimbote.

Luego de una estadía en París entre 1972 y 1974, donde estudió en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) con Fernand Braudel, Pierre Vilar y, especialmente, Ruggiero Romano, su director de tesis, volvió a Lima y se reintegró a la Universidad Católica. Casi inmediatamente empezaría a colaborar en publicaciones no académicas: sus primeros artículos periodísticos aparecieron en la página editorial de *La Prensa*, que había sido expropiada por el gobierno militar; *La Jornada*, el suplemento del diario del mismo nombre que dirigía César Lévano; y la revista de izquierda *La Palabra del Pueblo*.³⁶ La apertura que el velasquismo ofreció a los intelectuales de izquierda permitió a muchos de ellos no solo colaborar en dichas publicaciones, sino también tener una especie de *entrenamiento*, que luego, de manera independiente, pondrían en práctica en otras revistas y suplementos. Numerosos periodistas e intelectuales identificados con la izquierda (César Hildebrandt, Mirko Lauer, César Lévano, Hugo Neira) participaron de esas experiencias. Flores Galindo escribía reseñas de libros, ofrecía adelantos de sus trabajos de investigación e incursionaba en algunos de los temas que más adelante caracterizarían sus

³⁵ Flores Galindo, «Generación del 68», p. 217.

³⁶ Cáceres, «Introduction», p. xviii; Valderrama, *Alberto Flores Galindo*, pp. 41 y ss.

reflexiones como historiador (el debate en torno al *problema nacional*, por ejemplo). Dos rasgos merecen destacarse aquí: el interés del joven Flores Galindo —que no era muy común entre los historiadores peruanos de entonces y tampoco entre los de ahora— por *divulgar* el conocimiento producido por los académicos (el suyo propio y el de otros), y el especial énfasis en los temas relacionados con lo que podemos llamar genéricamente *historia popular*. La confluencia de sus opciones político-ideológicas y sus inquietudes académicas e intelectuales resulta visible revisando su producción impresa desde los comienzos mismos de su carrera.

A partir de la segunda mitad de la década de 1970, Flores Galindo inició una fecunda etapa de investigación, escritura y publicación que lo llevó a incursionar en una variedad impresionante de temas: la historia del movimiento obrero, la rebelión de Túpac Amaru, Mariátegui y la historia del movimiento comunista, la crisis colonial, la independencia del Perú, la historia agraria, la historia de las mentalidades, el mesianismo y la utopía andina, Sendero Luminoso, los movimientos campesinos, la historia de los intelectuales (desde Mariátegui y Haya de la Torre hasta Arguedas), el racismo y la *tradición autoritaria*, entre muchos otros. Al mismo tiempo, multiplicó su participación como activo promotor de diversas publicaciones: fue editor en 1978 de la revista *Vaca Sagrada* junto con poetas como Marco Martos y José Watanabe; dirigió luego la revista *Allpanchis* del Instituto de Pastoral Andina entre 1978 y 1982; colaboró regularmente en el suplemento *El Caballo Rojo* entre 1981 y 1985; participó en varias publicaciones culturales de izquierda, como *El Búho*, *30 Días* o *El Zorro de Abajo*; formó parte del comité editorial de la *Revista Andina* desde su creación en 1983; y, finalmente, fundó en 1987 «SUR. Casa de Estudios del Socialismo» y dirigió la revista *Márgenes* hasta su muerte en 1990. No se trataba solamente de alguien que colaborara con publicaciones: él mismo era un promotor casi obsesivo de ellas. Maruja Martínez, su colaboradora en SUR, recuerda, en un imaginario diálogo con Flores Galindo luego de su muerte, «cuando día tras día presionabas y presionabas para que la revista saliera».³⁷

³⁷ Martínez, *Entre el amor y la furia*, p. 286. La revista a la que se refiere es *Márgenes*. La importancia que Flores Galindo le atribuía a las revistas como vehículos de pensamiento

Simultáneamente, la presencia de Flores Galindo como intelectual público crecía a pasos agigantados, además de multiplicarse sus esferas de acción: profesor universitario, conferencista, organizador de eventos, profesor visitante en universidades extranjeras, panelista en congresos y seminarios, y promotor de grupos de estudio interdisciplinarios. El ritmo de su producción escrita era desbordante, y dentro de ella destacaba —nuevamente, a diferencia de la mayoría de académicos— su incursión en el periodismo. Como escribió Antonio Cisneros, Flores Galindo, «a diferencia de los más en las ciencias sociales, es hombre de escritura [...] siempre llano (casi siempre) a escribir en medidas y plazos urgentes, despiadados y en lengua castellana».³⁸ Pero no se trataba solo de la cantidad y calidad de su producción, sino también de la pluralidad de géneros y formas de la palabra impresa que él utilizaba. Volveremos sobre esto más adelante.

Guillermo Rochabrún ha resumido más que adecuadamente los diferentes elementos del perfil intelectual y político de Flores Galindo, de modo que nos remitiremos a él para redondear esta semblanza del intelectual público. Para Rochabrún, serían seis las convicciones que orientaban su pensamiento y su praxis: «Definir sus acciones y proyectos en función de los problemas del país, y no al revés»; «trabajar en equipo, coordinar esfuerzos, suscitar el diálogo, invitar a la polémica»; «estudiar los grandes problemas históricos nacionales, pero entendiéndolos no como asuntos del “pasado” sino como problemas de siempre»; «renovar temáticas y puntos de vista, sin abandonar un núcleo ideológico y político fundamental»; «formar nuevas generaciones, particularmente investigadores sensibles a los grandes problemas nacionales»; y «combinar la máxima autonomía intelectual con un compromiso político éticamente informado».³⁹

y acción queda subrayada por su afirmación de que «una revista [*Amauta*] podía ser más importante y necesaria que la elaboración de un tratado sobre Marx o de un estudio con abundantes estadísticas». Flores Galindo, Alberto. *La agonía de Mariátegui* [1980]. En Flores Galindo, *Obras completas*, vol. II, p. 446.

³⁸ Cisneros, Antonio. «Tito Flores, periodista». En Flores Galindo, Alberto. *Tiempo de plagas*. Lima: Ediciones El Caballo Rojo, 1988, s. p.

³⁹ Rochabrún, *Batallas por la teoría*, pp. 457-458.

No se trata de idealizar la figura de Flores Galindo, ciertamente, pues por limitaciones propias y obstáculos ajenos no siempre cumplió a cabalidad sus propósitos, pero sí creemos que Rochabrún acierta en identificar las líneas maestras que guiaron su agónica trayectoria intelectual y política. En esos rasgos que subraya Rochabrún radica, creemos, la esencia de su rol como intelectual comprometido y público: preocupación por el presente y el futuro, no solo por el pasado; constante renovación teórica y temática; búsqueda del diálogo y colaboración en vez de enclaustrarse en una tarea estrictamente individual; el reclamo de un compromiso político y ético con ciertos principios fundamentales; y finalmente, el ejercicio de la libertad, que está en la base de todo intelectual crítico. La medida en que Flores Galindo logró cumplir su rol como intelectual público dependió en gran parte, como veremos en la siguiente sección, de su relación con la palabra impresa.

LA PALABRA IMPRESA COMO ARMA DE COMBATE INTELLECTUAL

La bibliografía más completa de Flores Galindo contiene una lista de 333 entradas en las que él figura como autor, coautor o editor.⁴⁰ De estas, 58 son «libros y folletos», pero la lista incluye reediciones, traducciones y publicaciones póstumas. 163 referencias son de «artículos y ensayos», que incluyen tanto artículos periodísticos en diarios y suplementos culturales como ensayos en revistas académicas. El resto está conformado por cartas, entrevistas y una miscelánea de textos diversos. Conviene detenerse a analizar los medios en los que Flores Galindo publicó esta impresionante cantidad de materiales, así como la diversidad de formas que estos adoptaron y las conexiones entre ellas.

Empecemos por los libros y folletos. Flores Galindo escribió libros orgánicos (monografías), sustentados en una investigación de primera mano (como *Aristocracia y plebe*, por ejemplo); libros de síntesis, basados en una combinación de investigación original y fuentes secundarias (*Apogeo y crisis de la república aristocrática*, escrito con Manuel Burga); volúmenes de ensayos que, aunque articulados alrededor de un tema

⁴⁰ Valderrama, *Alberto Flores Galindo*, pp. 23-71.

común, tenían un carácter relativamente independiente entre ellos (el caso más exitoso fue *Buscando un inca*); y compilaciones, en las que él fungía de editor (*Túpac Amaru II o Independencia y revolución*). Entre las editoriales que publicaron libros y compilaciones de Flores Galindo están el Programa de Ciencias Sociales de la Universidad Católica (generalmente en la forma de separatas impresas a mimeógrafo);⁴¹ el Fondo Editorial de la Universidad Católica; el INIDE (Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo de la Educación, entidad dependiente del Ministerio de Educación); la Editorial Horizonte, dirigida por Humberto Damonte y especializada en temas literarios y de ciencias sociales; Ediciones Rikchay Perú, una temporalmente exitosa aventura editorial promovida por Fernando Lecaros a fines de la década del setenta y que publicó masivas ediciones de autores como Piedad Pareja y Jorge Basadre; Mosca Azul Editores, la prestigiosa editorial fundada por Mirko Lauer y Abelardo Oquendo; DESCO, uno de los más reputados y duraderos centros de investigación y promoción; el Instituto de Apoyo Agrario, una ONG que el propio Flores Galindo definió como «un centro dedicado a la promoción campesina pero con sensibilidad para la investigación intelectual»;⁴² el Instituto Nacional de Cultura; y SUR, Casa de Estudios del Socialismo. Resulta interesante comprobar que, con excepción de la segunda edición de su primer libro, *Los mineros de la Cerro de Pasco*, ninguno de sus otros libros fue publicado por el fondo editorial de alguna universidad, lo que muestra probablemente una deliberada preferencia de Flores Galindo por editoriales menos *académicas* y que ofrecían la posibilidad de acceder a un público más diverso y numeroso.

Las conexiones personales (o la falta de ellas), como sabemos, influyen casi siempre en la decisión sobre dónde publican sus trabajos los intelectuales. En el caso de Flores Galindo, su vinculación con diversos

⁴¹ Algunas de las primeras publicaciones de Flores Galindo fueron hechas a mimeógrafo y distribuidas como cuadernos de trabajo o separatas destinadas al uso en cursos universitarios, aunque también circulaban entre un público más amplio gracias a su venta en librerías y kioscos del centro de Lima.

⁴² Flores Galindo, Alberto. *Buscando un inca* [1986]. En Flores Galindo, *Obras completas*, vol. III, p. 397.

personajes e instituciones, evidenciada en la lista de las editoriales en que publicó sus trabajos, revela otro rasgo de su ejercicio intelectual: mantuvo (con las excepciones del caso) relaciones amistosas y de colaboración con asociaciones e individuos que no formaban parte de los mismos grupos o camarillas que él frecuentaba y que incluso podían no estar de acuerdo con sus posturas políticas e intelectuales. Estas características se ponen también en evidencia en el número y variedad de publicaciones colectivas en las que participó. Mencionemos solo algunas: el homenaje a Jorge Basadre que coordinaron Francisco Miró Quesada, Franklin Pease y David Sobrevilla y que publicó la Universidad Católica en 1978;⁴³ el homenaje a los cincuenta años de los *Siete ensayos* de Mariátegui publicado por la Biblioteca Amauta en 1979;⁴⁴ la compilación sobre investigación en ciencias sociales que organizó Javier Iguíñiz y que publicó la editorial Tarea en 1979;⁴⁵ la *Nueva historia general del Perú* que publicó la editorial Mosca Azul ese mismo año;⁴⁶ la colección de *Historia del Perú* editada por Juan Mejía Baca en doce volúmenes en 1980;⁴⁷ la compilación hecha por Carlos Franco titulada *El Perú de Velasco*, publicada por el CEDEP en tres tomos en 1983;⁴⁸ la valiosa antología en dos volúmenes sobre *Estados y naciones en los Andes* que publicaron el Instituto Francés de Estudios Andinos y el Instituto de Estudios Peruanos en 1986;⁴⁹ el volumen de ensayos sobre *Pensamiento político peruano* compilados por

⁴³ Miró Quesada, Francisco, Franklin Pease y David Sobrevilla (eds.). *Historia, problema y promesa. Homenaje a Jorge Basadre*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1978, 2 vols.

⁴⁴ Romero, Emilio y otros. *7 ensayos: 50 años en la historia*. Lima: Biblioteca Amauta, 1979.

⁴⁵ Iguíñiz, Javier (ed.). *La investigación en ciencias sociales en el Perú: economía, historia social, ciencia política, problemática laboral, problemática rural*. Lima: Tarea. Centro de Publicaciones Educativas, 1979.

⁴⁶ Aranibar, Carlos y otros. *Nueva historia general del Perú*. Lima: Mosca Azul Editores, 1979.

⁴⁷ Mejía Baca, Juan (ed.). *Historia del Perú*. Lima: Editorial Mejía Baca, 1980, 12 vols.

⁴⁸ Franco, Carlos (ed.). *El Perú de Velasco*. Lima: CEDEP, 1983, 3 vols.

⁴⁹ Deler, Jean Paul e Yves Saint-Geours (eds.). *Estados y naciones en los Andes: hacia una historia comparativa. Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto de Estudios Peruanos, 1986.

Alberto Adrianzén y que publicara DESCO en 1987;⁵⁰ y el libro sobre *Violencia y crisis de valores en el Perú* que organizó Jeffrey Klaiber con el auspicio de la Fundación Tinker en 1988.⁵¹

La variedad de las revistas y periódicos en que publicó sus artículos es también reveladora del interés y capacidad de Flores Galindo para acceder a diferentes tipos de público. Aquí debemos incluir dos categorías: en primer lugar, diarios y suplementos de circulación masiva, como *La Prensa*, *La Jornada*, *La Palabra del Pueblo*, *Marka*, *El Diario de Marka*, *El Caballo Rojo*, *Amauta*, *La Revista*, *30 Días*, *Sí*, *La República*, *El Búho*, *El Zorro de Abajo* y otros. En segundo lugar, publicaciones de circulación más restringida, producidas por ONG, centros de investigación y universidades, como *Socialismo y Participación* (CEDEP), *Allpanchis* (Instituto de Pastoral Andina), *Análisis*, *Revista Andina* (Centro Bartolomé de Las Casas), *Los Caminos del Laberinto*, *Márgenes* (SUR), *Apuntes* (Universidad del Pacífico), *Debates en Sociología* (Universidad Católica) e *Histórica* (Universidad Católica). La diversidad y eclecticismo de estas publicaciones escapan de los moldes tradicionales que siguen los historiadores e intelectuales en general para hacer conocer sus trabajos. Flores Galindo buscaba conscientemente eludir los restrictivos parámetros disciplinarios de las revistas académicas y mostraba una inclinación a participar de esfuerzos no solo *extraacadémicos*, sino también interdisciplinarios. Es posible que alguien encuentre aquí un tema para la especulación psicológica (una obsesión compulsiva por ver su nombre asociado con cuanta empresa cultural surgiera en esos años). A nosotros nos interesa más el aspecto *sociológico* del problema: ver de qué manera un intelectual que estaba empeñado en conectar su trabajo profesional con los debates políticos y con el proceso de formación de la opinión pública, y que además no rehuía de la polémica y el debate sino más bien los promovía y practicaba, buscaba acceder al mayor número de medios para difundir su trabajo.

⁵⁰ Adrianzén, Alberto (ed.). *Pensamiento político peruano*. Lima: DESCO, 1987.

⁵¹ Klaiber, Jeffrey (comp.). *Violencia y crisis de valores en el Perú: trabajo interdisciplinario*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1988.

Los riesgos eran ciertamente previsible en esta acelerada carrera por producir y publicar en el menor tiempo posible y en cuanta tribuna le abriera las puertas. Manuel Burga, hablando de su colaboración con Flores Galindo en la redacción del libro *Apogeo y crisis de la república aristocrática*, afirma que en esos años «no teníamos tranquilidad, ni tiempo, para definir y pulir conceptos. La juventud y las urgencias del país nos empujaban en busca de respuestas históricas para entender los problemas más apremiantes del presente».⁵² Puede notarse en varios trabajos de Flores Galindo un cierto descuido en la precisión de las citas y referencias. En otras ocasiones, los juicios eran emitidos apresuradamente, con el consiguiente grado de arbitrariedad que ello conllevaba. No obstante, estas eran excepciones. Flores Galindo era un historiador generalmente acucioso, pero estaba menos preocupado por el rigor positivista de la cita exacta que por la necesidad de plantear una historia-problema y arriesgar preguntas e hipótesis que hicieran avanzar el pensamiento crítico. De allí que el calificativo de *ensayista* no resulte en modo alguno injusto. Más allá de estas características, sin embargo, queremos concentrarnos en dos elementos que tienen que ver con ese encuentro entre la cultura política de izquierda y la tradición de cultura impresa que Flores Galindo representó cabalmente: primero, su estilo como escritor; segundo, la práctica constante de revisar, ampliar, reproducir, reeditar, corregir, ensamblar y publicar textos, a veces dirigidos a diferentes públicos y siempre encadenados unos a otros por medio de una serie de préstamos y conexiones intertextuales.

Varios comentaristas se han referido anteriormente al *estilo* de Flores Galindo. Antonio Cisneros destacó la calidad de su prosa, ubicándola en una tradición de historiadores que han tenido «un trato saludable y familiar con la literatura», como José de la Riva-Agüero, Raúl Porras Barrenechea y Pablo Macera.⁵³ Peter Elmore se refirió al «ritmo intenso y dinámico de su prosa» y al uso de «frases casi epigramáticas con las cuales, en ocasiones, sella y resume sus argumentos».⁵⁴ Marco Martos

⁵² Burga, *La historia y los historiadores*, p. 117.

⁵³ Cisneros, «Tito Flores, periodista».

⁵⁴ Elmore, Peter. «La urgencia del tiempo». *Libros & Artes*. 11 (2005), p. 6.

calificó la prosa de Flores Galindo como «grata, rápida y nerviosa».⁵⁵ El crítico Antonio Melis dedicó un artículo a este tema, subrayando entre otras cosas el «continuo recurso a la interrogación con función estilística», que Melis considera «la síntesis de su actitud hacia la investigación»: «Más importante que las presuntas respuestas definitivas es la capacidad de plantearse nuevos problemas, pero siempre animados por la esperanza».⁵⁶ A estos rasgos hay que añadir otro que, a nuestro juicio, resulta central tanto en la cultura política de izquierda de esa época como en el trabajo de Flores Galindo como historiador e intelectual público: el estilo *polémico* y *combativo* de casi toda su producción. Flores Galindo siempre estaba discutiendo con alguien, descartando interpretaciones que encontraba inadecuadas, planteando nuevas maneras de responder a viejas preguntas y señalando claramente en sus escritos sus diferencias con otras interpretaciones, incluyendo ciertamente aquellas que venían de otras canteras marxistas. Solo a guisa de ejemplo mencionemos sus intercambios con Franklin Pease en torno a los mitos en la historia andina, con Enrique Urbano sobre la utopía andina, con Juan José Vega en torno a la participación popular en la independencia, con Eduardo Arroyo en relación con la generación del 68, con Carlos Iván Degregori sobre Sendero Luminoso y, sobre todo, con numerosos intelectuales de izquierda acerca de la figura de Mariátegui. En su carta de despedida, no dejó de mencionar este aspecto de su personalidad y su trabajo, al que llamó «mi estilo agresivo», pero luego agregó una frase que condensa de alguna manera la justificación que él mismo ofrecía para el estilo polémico de sus escritos: «discrepar es otra manera de aproximarnos».⁵⁷ Por otro lado, como han enfatizado Rochabrún y Burga, Flores Galindo era sobre todo un intelectual heterodoxo, de allí que el estilo polémico no era un mero artificio o una forma de descalificar al oponente, sino un elemento central de su método intelectual y su actitud crítica.⁵⁸

⁵⁵ Martos, Marco. «La utopía andina en debate». *Libros & Artes*. 11 (2005), p. 8.

⁵⁶ Melis, Antonio. «Apuntes sobre el estilo». *Libros & Artes*. 11 (2005), p. 14.

⁵⁷ Flores Galindo, Alberto. «Reencontremos la dimensión utópica. Carta a los amigos» [1990]. En Flores Galindo, *Obras completas*, vol. VI, p. 390.

⁵⁸ Rochabrún, *Batallas por la teoría*, p. 457; Burga, *La historia y los historiadores*, p. 113.

En este aspecto, podemos identificar la huella no solo de una tradición panfletaria y polemista en la cultura letrada peruana —que viene al menos desde el siglo XIX (Manuel Atanasio Fuentes y Manuel González Prada, por ejemplo) y que retomarían luego José Carlos Mariátegui, Alberto Hidalgo, Víctor Raúl Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez y Pablo Macera, entre otros—, sino también la impronta de la cultura de izquierda de los años setenta. *Polemizar* era un verbo de uso corriente entre los militantes, y detrás de cada uno de ellos había un discutiador empedernido. Célebres polémicas entre dirigentes estudiantiles de diferentes grupos de izquierda y también del APRA convocaban verdaderas multitudes, y en no pocas ocasiones terminaban en violentas trifulcas.⁵⁹ No había calado todavía la cultura del relativismo ideológico, y las polémicas eran generalmente entendidas como una especie de peleas de box que inevitablemente debían terminar en un *knock out*. Flores Galindo fue, entre otras cosas, un acérrimo polemista, y por lo general mantenía un estilo claro («duro», le llama Ruggiero Romano),⁶⁰ pero respetuoso de las ideas que combatía, aunque también es cierto que a veces podía caer en el exceso verbal e incluso la agresividad. En una furibunda réplica a una injusta reseña que escribiera el historiador norteamericano Eric Mayer sobre su libro *Buscando un inca*, llamó a esta un caso «entre patético y ridículo» de distorsión de sus argumentos, «un disparate» sólo explicable —sugirió con sarcasmo— por el hecho de que Mayer no entendía el idioma español.⁶¹ A Juan José Vega, quien publicó en el diario *La República* un extenso comentario crítico sobre *Aristocracia y plebe*, lo acusó de «oscura animosidad» y, aparte de rebatir sus críticas, cuestionó frontalmente la reacción de aquel frente a un libro que, según su autor, generaba «incomodidad» porque trataba temas como la violencia y el racismo que desmoronaban la idea de unidad de la nación peruana que

⁵⁹ Sobre las polémicas universitarias de esos años véase Martínez, *Entre el amor y la furia*, p. 239.

⁶⁰ Romano, Ruggiero. «Prefazione». En Flores Galindo, Alberto. *Perú: identidad e utopía. Cercando un Inca*. Firenze: Ponte alle Grazie, 1991, p. 11.

⁶¹ Flores Galindo, Alberto. «El rescate de la tradición» [1989]. En Flores Galindo, *Obras completas*, vol. VI, pp. 336-337.

Vega defendía. «Una versión tradicional de la historia pretend[e] pasar como contestataria», concluyó Flores Galindo.⁶² Al antropólogo Luis Millones, que había escrito una nota cuestionando un trabajo de Juan Ansión y Jan Szeminski publicado en la revista *Allpanchis* por incluir un supuesto testimonio oral que, en realidad, era un relato escrito y publicado, Flores Galindo creyó necesario recordarle que «el encono y la acidez son malos acompañantes de la crítica porque estrechan los horizontes y nublan cualquier inteligencia», y sugirió que el comentario de Millones «termina mezquinamente restringido a criticar la procedencia de una fuente» sin intentar entender el argumento general del trabajo en cuestión.⁶³ Un tono igualmente agresivo, aunque menos personal, se percibe en el extenso comentario que dedicó a Hernando de Soto y sus colaboradores en el libro *El otro sendero* —incluyendo a Mario Vargas Llosa, autor del prólogo—. Los acusó, por ejemplo, de haber producido «un libro ideológico [...] en el que los datos únicamente corroboran presunciones e ideas establecidas de antemano». Apuntando a lo que él consideraba la verdadera propuesta detrás de este supuesto alegato en favor del capitalismo popular, sostuvo que esta «nueva derecha», que proponía el capitalismo como un proyecto hacia el futuro, «pretende desligarse de cualquier compromiso con el pasado. Ellos no han sido los “dueños del Perú” [...]. Entre la miseria y el capitalismo no hay ninguna vinculación, por cuanto este todavía no existe. El capitalismo es lo nuevo mientras que el socialismo, con sus afanes supuestamente “estatistas”, sería una prolongación de la historia anterior». El proyecto revelaba, en suma, «una ética recusable, una investigación poco rigurosa y una versión nada original de las cosas».⁶⁴

No es nuestra intención revivir polémicas ni mucho menos zanjarlas atribuyendo a Flores Galindo la razón en cada una de estas intervenciones.

⁶² Flores Galindo, Alberto. «Clases populares e independencia. Realidad y mistificación» [1985]. En Flores Galindo, Alberto, *Obras completas*, vol. VI, p. 148.

⁶³ Flores Galindo, Alberto. «La antropología como encono» [1982]. En Flores Galindo, Alberto, *Obras completas*, vol. V, pp. 354-355.

⁶⁴ Flores Galindo, Alberto. «Los caballos de los conquistadores, otra vez (*El otro sendero*)» [1988]. En Flores Galindo, Alberto, *Obras completas*, vol. IV, pp. 171-185.

Tampoco queremos sugerir que este estilo *agresivo* haya sido siempre tan ácido y furibundo como en los ejemplos citados. En la mayoría de los casos, el talante era bastante menos enfático, pero no por eso menos polémico. Sin embargo, la agresividad retórica retornaba con agudeza cuando se trataba de denuncias de violaciones de derechos humanos y otros temas que implicaban injusticia, abuso y represión. Sus textos sobre la tortura, la masacre de los penales de junio de 1986 o las fosas comunes muestran, como observó Ruggiero Romano,⁶⁵ una capacidad de denuncia «cargada de odio, ira, furor», que, agregamos nosotros, podía ser muy efectiva en apelar a la capacidad de indignación del lector.

El segundo rasgo en la figura de Flores Galindo como intelectual público que queremos destacar es la peculiar manera en que entrelazaba la producción de diferentes tipos de textos con los formatos, oportunidades y medios que usaba para publicarlos. En esto, nuevamente, el aprendizaje suyo como estudiante e intelectual que se desarrolló dentro de una cultura política de izquierda queda claramente reflejado. Una estrategia que tenía mucho en común con la *agit-prop* comunista fue puesta en juego por el autor con el objetivo de maximizar el impacto de sus ideas, mantener una presencia sostenida en los debates públicos y causar la mayor agitación posible entre los lectores. Ya hemos visto el uso de diversos medios para publicar sus trabajos. Veamos ahora las estrategias para cumplir las metas antes señaladas. El esquema es más o menos como sigue: una vez que empezaba a reflexionar, investigar y escribir sobre un tema determinado (Túpac Amaru, Mariátegui o la utopía andina, por mencionar algunos casos), los primeros esbozos de sus ideas aparecían en la forma de artículos en las páginas editoriales de periódicos o —si eran un poco más extensos— en suplementos y revistas culturales. Algunas de esas ideas —y a veces párrafos enteros o incluso los textos completos— terminaban luego incorporándose en un artículo o ensayo que se publicaba en una revista académica o de ciencias sociales, o como contribución en un libro colectivo. Finalmente, con algunos cambios y ajustes, el texto terminaba formando parte de

⁶⁵ Romano, «Prefazione», p. 11.

uno de los muchos libros que Flores Galindo escribió y publicó. En el camino, además, acometía los mismos temas en conferencias públicas y seminarios, en reseñas y prólogos de libros escritos por otros autores, y en compilaciones que él mismo preparaba. Una de las ventajas de esta estrategia era la posibilidad de ir creando expectativa entre los lectores respecto de la futura publicación de un trabajo mayor. Otra, someter a escrutinio algunas ideas para luego refinarlas en versiones futuras y más extensas de dichos trabajos. Y una tercera era satisfacer la constante demanda que existía de sus colaboraciones. De esta manera, su nombre y su estilo, aparte de su manera de pensar y argumentar, se fueron haciendo familiares para los lectores y terminaron por ejercer una influencia que, sin exagerar, superaba a la de la mayoría de los intelectuales peruanos de su época. Para Flores Galindo, escribir para un público masivo y no académico era tan importante como hacerlo para sus colegas y estudiantes del medio universitario. En esto, sin duda, compartía esa visión utilitaria e instrumental de la palabra impresa que caracterizaba a la cultura política de izquierda de su generación. Decir que para él escribir y publicar era también una manera de hacer *propaganda* no significa de modo alguno disminuir sus méritos ni la calidad de sus trabajos. Más bien apunta a resaltar su compromiso con unas prácticas intelectuales y políticas en las que creía profundamente: la necesidad de vincular el trabajo intelectual y la creación cultural con la praxis política cotidiana de los sectores populares.

El caso de sus numerosos trabajos sobre José Carlos Mariátegui ilustra este punto. La aproximación al personaje y su época aparece ya en sus primeros trabajos de investigación en relación con el movimiento obrero, publicados en 1971. Este fue el comienzo de un periodo de redescubrimiento de Mariátegui por parte de la izquierda peruana, y Flores Galindo no fue ajeno a él. Hacia 1976, empezó a publicar breves notas periodísticas sobre los comunistas, el movimiento obrero y la crisis de 1930. En 1978, probablemente motivado por la celebración del cincuentenario de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Flores Galindo publicó un primer artículo sobre Mariátegui en la revista *Amauta* —vinculada a posiciones de la izquierda radical— titulado «El

marxismo peruano de Mariátegui». A partir de entonces se sucederán, por casi dos años, numerosos artículos suyos sobre Mariátegui, el socialismo, la nación y el movimiento comunista. Él mismo comentó que Óscar Dancourt lo invitó a colaborar en *Amauta* en un momento en que los grupos aglutinados en la ARI (Alianza Revolucionaria de Izquierda) se hallaban enfrascados en debates que giraban, en última instancia, en torno a las relaciones entre socialismo y nación.⁶⁶ Flores Galindo se enfrascó en polémicas con otros estudiosos (Juan José Vega, Sinesio López, César Lévano, César Germaná) y con publicaciones como *Unidad*, el órgano oficial del Partido Comunista Peruano. En sus artículos, comentaba las relaciones entre Mariátegui y el indigenismo, el reformismo aprista y la Comintern. En un artículo publicado en *Amauta* en abril de 1980, titulado «Usos y abusos de Mariátegui», resumió su propuesta, que por entonces terminaba de elaborar en su libro *La agonía de Mariátegui*: «El pensamiento de Mariátegui debe ser comprendido en relación a su biografía y tanto la vida como la obra deben entenderse al interior de su tiempo como parte de la historia del socialismo, por un lado, y como parte de la historia peruana, del otro».⁶⁷ Es decir, había que historizar al personaje.

En 1980, apareció la primera edición de *La agonía de Mariátegui*, publicada por DESCO, pero la reflexión y las publicaciones sobre el ilustre intelectual no se detendrían. La segunda edición, de 1982, también publicada por DESCO, tuvo algunos cambios en el contenido —se agregaron algunos capítulos, que habían sido publicados previamente en otros medios—; y la tercera, publicada por el Instituto de Apoyo Agrario en 1989, agregó algunos más, pero también sufrió algunos cambios en el tono. Manuel Burga sugiere que «en la edición de 1980 hay una disimulada actitud desacralizadora y hasta destructiva que cambia a humanizadora y constructiva en la edición de 1989».⁶⁸

⁶⁶ Flores Galindo, Alberto. «Anexo: Sobre las fuentes» [1980]. En Flores Galindo, *Obras completas*, vol. II, p. 595.

⁶⁷ Flores Galindo, Alberto. «Usos y abusos de Mariátegui» [1980]. En Flores Galindo, *Obras completas*, vol. V, p. 138.

⁶⁸ Burga, *La historia y los historiadores*, p. 117.

Un proceso similar se dio con el caso de su proyecto más ambicioso, «La utopía andina», compartido con Manuel Burga. Aunque el proyecto de investigación conjunto parece haber cuajado hacia 1982 y se convirtió en una propuesta concreta a comienzos de 1983, cuando ambos coincidieron por un mes en París, los antecedentes se remontan a muchos años atrás. En 1977, Flores Galindo publicó el artículo «La nación como utopía: Túpac Amaru», y, en 1979, los dos historiadores sacaron a luz *Apogeo y crisis de la república aristocrática*, en el que aparecieron algunos temas que luego serían retomados en el proyecto de la utopía andina. La expresión *utopía andina* aparece por primera vez, hasta donde hemos podido averiguar, en un artículo de Flores Galindo de 1981, «Utopía andina y socialismo», y las primeras reflexiones conjuntas de Burga y él sobre su ambicioso proyecto fueron publicadas en 1982 bajo el título «La utopía andina. Ideología y lucha campesina en los Andes. Siglos XVI-XX», en tres formatos diferentes: como separata a mimeógrafo a cargo de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica, en dos números sucesivos del suplemento *El Caballo Rojo* (números 11 y 12, con el abreviado título de «¿Qué es la utopía andina?»), y como artículo en la revista *Allpanchis* (año XII, número 20). Entre 1982 y 1986, Flores Galindo presentaría varios ensayos relacionados con este proyecto en conferencias, talleres y seminarios, y versiones preliminares de aquellos se irían publicando en revistas y compilaciones diversas. Parte del capítulo «La revolución tupamarista y los pueblos andinos», por ejemplo, apareció en la revista *Allpanchis* en 1981, y una versión ampliada fue presentada en el SEPIA (Seminario Permanente de Investigación Agraria) y publicada en *Perú: El problema agrario en debate*. A fines de 1985, Flores Galindo envía el manuscrito del libro *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes* al prestigioso concurso de ensayo «Casa de las Américas» de Cuba, cuyo premio recibe en 1986. La primera edición aparece ese mismo año en La Habana publicada por Ediciones Casa de las Américas. Consistía de seis capítulos más una introducción y un epílogo. Esta primera edición casi no circuló en el Perú, pero su primer capítulo, «Europa y el país de los Incas: la utopía andina», fue publicado en Lima en forma de libro de formato menor ese mismo año por el Instituto de Apoyo Agrario, en

una atractiva edición de Luis Valera.⁶⁹ La segunda edición, publicada también por el Instituto de Apoyo Agrario en 1987, consistió de ocho capítulos además de la introducción y el epílogo. El epílogo de la edición cubana de 1986 se había convertido ahora, ampliado, en el capítulo ocho, «La guerra silenciosa», cuyo texto, además, había sido incluido en un folleto publicado igualmente por el Instituto de Apoyo Agrario en 1986 junto con un ensayo de Nelson Manrique, ambos reunidos bajo el título de *Violencia y campesinado*. El nuevo epílogo, titulado «Sueños y pesadillas», fue elaborado —según el autor— «para evitar algunos malos entendidos», y tuvo como base el artículo «¿Es posible la utopía?» publicado previamente en *El Caballo Rojo* en 1986. El título del nuevo epílogo fue utilizado, asimismo, en un breve artículo llamado «La utopía andina: sueños y pesadillas», que vio la luz en la revista *Amauta* en mayo de 1986. La tercera edición de *Buscando un inca*, publicada por Editorial Horizonte en 1988, incluyó tres capítulos más, con lo que ahora el total llegaba a once. Esa sería la versión definitiva, que luego se reeditaría póstumamente en México (México: Conaculta, Grijalbo, 1993), en el Perú (Lima: Editorial Horizonte, 1994) y en Italia (Firenze: Ponte Alle Grazie, 1991). Ese mismo texto sería incluido en el tomo I del tercer volumen de sus *Obras completas* (Lima: SUR, 2005). Los capítulos adicionales fueron textos presentados en sendas conferencias, aunque no habían sido publicados anteriormente.

En el caso del libro *Aristocracia y plebe*,⁷⁰ el proceso de edición transcurrió por derroteros similares, aunque, tratándose de un texto orgánico y no de una colección de ensayos como *Buscando un inca*, los cambios y préstamos fueron menores. La primera versión fue presentada como tesis doctoral en la Universidad de Nanterre en 1983, y la primera edición fue publicada por Mosca Azul Editores en 1984. Poco antes, Flores Galindo había publicado un capítulo del libro («Los rostros de la plebe») en la *Revista Andina* (año 1, número 2, diciembre de 1983), y en el número

⁶⁹ Aprovechamos para destacar el papel desempeñado por Luis Valera como impulsor, editor, corrector y diseñador de muchas de las publicaciones de Flores Galindo.

⁷⁰ Flores Galindo, Alberto. *Aristocracia y plebe*. Lima, 1760-1830 (*Estructura de clases y sociedad colonial*). Lima: Mosca Azul Editores, 1984.

siguiente (año 2, número 3, julio de 1984) fue ampliamente comentado por una media docena de académicos (Julio Cotler, Luis Pásara, Steve Stern, Christine Hünefeldt, Paul Gootenberg y Miquel Izard). Nuevamente, la expectativa por el libro se incrementó a raíz de este interesante intercambio y de los varios artículos —periodísticos y académicos— que había publicado con temas que luego terminarían incorporándose al libro. Entre ellos están «Independencia y clases populares: el mundo al revés», que apareció en *El Caballo Rojo* en septiembre de 1982; «La pesca y los pescadores en la costa central (siglo XVIII)», que fue publicado en *Histórica* en diciembre de 1982; «La aristocracia mercantil limeña», que apareció en la revista *Banca* de marzo de 1983; «Vida de esclavos: un suicidio en Lima colonial», publicado en *El Caballo Rojo* en marzo de 1983; y «El ocaso de la aristocracia colonial», aparecido en la revista *El Búho* en agosto de 1984.

Agotada la primera edición, Flores Galindo empezó a preparar una segunda, que, según la versión de Cecilia Rivera, su esposa, iba a incluir una sección nueva «donde trataría los distintos mundos que se ocultan en Lima, entre ellos el mundo andino».⁷¹ Esta sección iba a llamarse «La ciudad sumergida», el mismo título que Flores Galindo había decidido usar para la segunda edición del libro, que pasó a denominarse *La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe en Lima, 1760-1830* en la edición póstumamente publicada en 1991 por Editorial Horizonte.⁷² Aunque se trataba esencialmente del mismo libro, el cambio de título y el proyecto —truncado por su muerte— de escribir una nueva sección reflejan tanto la permanente inquietud del autor por actualizar y modificar sus propios escritos como, en términos de la difusión de sus trabajos, el deseo de transmitir al lector una cierta sensación de novedad.

⁷¹ Rivera, Cecilia. [Nota sin título]. En Flores Galindo, Alberto. *La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe en Lima, 1760-1830*. Lima: Editorial Horizonte, 1991.

⁷² Silvia Spitta analiza el libro de Flores Galindo en contraste con *La ciudad letrada*, obra de Ángel Rama, y enfatiza precisamente la preocupación de aquel por iluminar —a diferencia de Rama— aquella *otra* ciudad (sumergida) de plebeyos, esclavos, indios y castas (Spitta, Silvia. «Prefacio. Más allá de la ciudad letrada». En Spitta, Silvia y Boris Muñoz (eds.). *Más allá de la ciudad letrada: Crónicas y vivencias urbanas*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003, pp. 7-23).

Como es obvio luego de este recuento, Flores Galindo tuvo una relación constante, intensa, casi diríamos obsesiva con el mundo de la imprenta y las publicaciones. En diferentes formatos y con temas frecuentemente novedosos, su presencia en la esfera intelectual y pública fue ciertamente importante. Construyó su trayectoria como historiador, pero especialmente como intelectual público, sobre la base de una inagotable energía, un indudable talento para la reflexión y la escritura, y una gran pasión por el debate intelectual; pero también gracias a una relación estrecha y astuta con el mundo del libro, las revistas, los periódicos, los suplementos culturales y otros medios impresos. Su influencia no habría sido la misma si no hubiera empleado a fondo estas estrategias de publicación. Y la calidad de sus trabajos, probablemente, tampoco habría alcanzado los mismos niveles. Pero por sobre todo, su función como intelectual público y su habilidad para hacer escuchar su voz en los debates de su tiempo se habrían visto severamente limitadas de no haber sido por esta obstinada, enérgica y apasionada vinculación con la palabra impresa.

CONCLUSIÓN: EL INTELLECTUAL PÚBLICO Y LA CULTURA IMPRESA

Flores Galindo compartía no solo una cultura de izquierda que valoraba la palabra impresa como un vehículo efectivo de comunicación, propaganda, denuncia y debate, sino también una visión del intelectual como alguien que estaba moralmente obligado a participar de los debates públicos en cuanto oportunidad y tribuna tuviera a su disposición. Estos dos factores se encuentran detrás tanto de su sorprendente productividad —sus obras completas, actualmente en proceso de edición, ocuparán no menos de ocho volúmenes de entre 400 y 600 páginas cada uno— como de su agresiva, variada y creativa estrategia de publicaciones. Esta presencia constante en los debates intelectuales y políticos y en una multiplicidad de medios (desde modestas revistas de tirajes cortos hasta diarios y suplementos de circulación masiva, pasando por prestigiosas revistas académicas y sólidas casas editoriales) le permitió ejercer una influencia como intelectual público que otros contemporáneos suyos, con mayor o menor talento que él, jamás tuvieron.

Flores Galindo fue un historiador profesional —y uno, sin lugar a dudas, brillante y creativo—, pero su interés no estuvo nunca limitado a producir una monografía sólida y definitiva sobre algún tema del pasado peruano cada diez años y que, probablemente, iba a ser leída solamente por unos cuantos colegas y estudiantes. Su compromiso era sobre todo con las pasiones y agitaciones de su presente: de allí partían sus preocupaciones intelectuales y académicas, y de allí también las urgencias que lo llevaban a la casi ininterrumpida producción de textos destinados al gran público. Su optimismo en el futuro debió también haber contribuido a esta preocupación por publicar todo lo que sus energías le permitían. Su militancia en las filas de la izquierda no pasó por el trance del desencanto y el escepticismo: su convicción respecto de la importancia del trabajo intelectual y la conexión entre este y las luchas sociales de las clases desfavorecidas se mantuvo hasta el final; y su fe en el poder de la palabra escrita se mantuvo inquebrantable, a juzgar por su tenaz y permanente dedicación a preparar textos para enviar a la imprenta.

This article explores the connections between the work of Alberto Flores Galindo as a professional historian, his role as a public intellectual, and the leftist political culture in which he was formed as a member of the so-called 1968 generation. The article shows that, as a participant in a style of doing politics in which the printed word played a crucial role, Flores Galindo developed a creative and obsessive relationship with the book and the printed culture, the reconstruction of which helps us to understand the mechanisms which go into the formation of a public intellectual.

Key Words: *Alberto Flores Galindo, Public intellectual, The left, Political culture, Printed word*
